

La belleza no se puede comprar

Había una vez una hermosa niña que se llamaba Isabella. Ella vivía con su mamá y su papá, los padres de ella la amaban con todo su corazón, ya que era su única hija.

A Isabella no le faltaba nada, solo tenía que pedir lo que deseaba y no tenía que esperar. La enseñaron a obtener las cosas sin ningún esfuerzo.



Ella pensaba que sus amigas tenían que ser como ella. Isabella no quería tener amigas que no tenían dinero, decía que no eran como ella.

Un buen día conoció a una niña que se llamaba Linda, era aún más hermosa que ella. Sentía tanta envidia que su corazón se llenó de odio y rencor, ya que lo tenía todo, pero no poseía la belleza angelical de aquella pequeña. Linda, tenía una sonrisa que iluminaba el día como un rayito de sol.

Un poco más tarde, llegó a la casa y le preguntó a su mamá ¿Cuánto cuesta tener una sonrisa encantadora y llena de felicidad? La madre sorprendida le contestó: una de las cosas que hay en la vida que no se puede comprar con el dinero es la felicidad. Llorando se fue al cuarto pues no entendía, porque aquella niña era tan perfecta y como podía estar feliz todos los días.

Se quedó dormida de tanto llorar y pensar en lo grandioso que pudiera ser si tuviese aquella sonrisa de aquella niña que vio en la escuela.

Al despertarse, lo primero que pensó fue en su papá y dijo ¡Él si me va a comprar lo que quiero, él no me niega nada como mi madre! Corrió a la sala diciendo Papá, papá, papá. A lo que mirándola a los ojos, le dijo: necesito hablar contigo, parece que has llorado toda la tarde, dime que te pasó:



Ella le contó que quería que le compraré algo y el preguntó ¿qué necesita? Ella le contestó que quería ser como una niña que había en la escuela. Al escuchar esto el papá le dijo: pero si eres perfecta para mí, ella muy enojada contestó nadie me entiende.

Luego, fue a su cuarto sin deseos de hablar con nadie. Al día siguiente vio llegar a la niña y le preguntó: ¿Cómo te llamas? Ella contestó me llamo Linda y tú ¿cómo te llamas? Yo soy Isabella. Hablaron por un buen rato, y posteriormente se despidieron con un abrazo. Isabella: le dijo a Linda nos vemos mañana.

A la mañana siguiente, se volvieron a ver, Linda sonriendo le dijo: quiero que vengas a mi casa, mi madre está preparando un delicioso pastel, ella mirándola le respondió: está bien gracias por invitarme.



Al salir de la escuela, se fueron a la casa de Linda, ella vivía en una granja donde su padre se dedicaba a la agricultura y su mamá al cuidado de la casa y sus hijos.

Al llegar a casa la niña abrazó a su madre y le dio un beso diciéndole cuanto la amaba.

Isabella al ver la actitud de la mamá de ella, pensó mi madre no es así conmigo.

Luego, la señora les invitó a pasar a lavarse las manos para luego servir el pastel. Ellas muy felices hicieron lo que ella pidió y después se sentaron en la mesa, luego llegó la mamá con el pastel y Linda dijo gracias mamá, que lindo detalle... Las niñas jugaron toda la tarde hasta el anochecer. Llegó la hora de despedirse e Isabella : dijo ya es tarde me tengo que ir. Linda respondió : no te preocupes llamaré a mi papá para que te lleve a tu casa.

Isabella al entrar a la casa solo encontró una nota que decía Isabella hay comida en la refrigeradora, tu papá y yo llegaremos tarde.

Isabella pensaba en la maravillosa tarde que había pasado en casa de Linda. Sin pensar se hicieron buenas amigas, al conocer más de ella se dio cuenta que no importaba la clase social ni tener todos los regalos para ser feliz.



Recordó, entonces lo que la mamá y el papá le habían dicho sobre la felicidad no se puede comprar por que vive en nuestros corazones.

Isabella solamente deseaba tener una familia amorosa como la de Linda.



Esa noche le pidió a Dios con gran fe que sus padres la quisieran tan solo un poco más. Poco a poco, sus padres se dieron cuenta del gran error que estaban cometiendo en no dedicarle el tiempo que Isabella necesitaba de ellos.

Los padres de Isabella decidieron hacer una fiesta e invitaron todos los niños y niñas de la escuela. Para expresarle cuanto la amaban y para decirle que ella es el regalo más hermoso que Dios les había dado.

Isabella al escuchar esas palabras lloró de la gran emoción que sentía.



Isabella mirando al cielo dijo: gracias señor, por escucharme.

Ella comprendió que la felicidad siempre estaba allí, nada más que ella no sabía.

Desde ese día ella no cambió la felicidad por cosas materiales ya que era feliz con lo que tenía.

Recuerden todo no se puede comprar
con el dinero, disfruten de cada día
que Dios nos regala a diario.

